

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 45, 1.4-6): *Yo soy el Señor y no hay otro.*

Salmo (95, 1 y 3.4-5.7-8.9-10a y c): *«Aclamad la gloria y el poder del Señor»*

2ª lectura (Tsalonicenses 1, 1-5b): *Siempre damos gracias a Dios.*

Evangelio (Mateo 22 15-21): *¿Es lícito pagar impuestos?*

Cuando las crisis de la vida penetran en nuestra existencia promoviendo inquietud y desvelos, el creyente se dirige a Dios rezando con objetivos claros de solución, de aceptación, y todos de súplica para que Dios intervenga y acelere el final de una pesadilla. El resultado puede ser muy diverso, porque las crisis pueden prolongarse, como si Dios no hiciera caso; pueden resolverse, mal o bien, y, entonces, surge la cuestión ¿se ha notado la intervención de Dios o todo ha sido una acumulación de causas naturales que han conducido a este punto?

Los creyentes siempre nos quedamos con la duda, hecha interrogación, sobre Dios y su relación con el mundo, la vida y la historia. ¿Estará Dios realmente interesado y preocupado por los seres humanos, habitantes de este diminuto rincón en una pequeña galaxia de un ingente cosmos? ¿No será todo fruto de un conjunto caótico de fuerzas y movimientos en cuyo seno estamos atrapados? ¿La historia es producto de actuaciones humanas realizadas entre todos o son las fuerzas de la política, la economía y la violencia las que imponen su voluntad de poder a todo el mundo?

Por encima de todas las inmensas fuerzas que funcionan erigiéndose en centros de poder que parecen atrapar todo para sí; sobre los grandes señores, que parecen dirigir los hilos de la historia; más allá de los grandes ejércitos cuyo poder destructor es terrible, está la fuerza bondadosa del único Dios y Señor de la Historia, del tiempo y de la vida.

Es cierto que otros parecen tener fuerza y poder efectivos, pero los golpes de timón que la historia vive en determinados momentos, grandes y cotidianos, si los observamos con los ojos de un creyente atento a la vida, veremos que están pensados para hacer el bien a quien está necesitado, para indicar hacia dónde dirigir la vista y el corazón, porque Dios está queriendo despertar actores de la historia que trabajen en su dirección, el bien de todos, sin distinciones de ningún tipo.

Eso provocará la duda en quien espera probar que Dios no existe porque no hace las cosas claras y, también, en quien piensa que Dios solo actúa para echar una mano a los buenos y los de siempre.

Si hay profesiones antiguas en la vida, las que se ocupan de coordinar la convivencia y la relación con el más allá no van a la zaga de otras a las que se le asignan la más larga longevidad. Y ninguna de ellas desaparece; en sus crisis periódicas renacen como ave fénix que alardea de un futuro muy vivo. La figura de quien trata de organizar las funciones, tareas y servicios necesarios para la comunidad está presente desde antiguo. La presencia del chamán, que simboliza la presencia de lo inexpresable e invisible, también se atestigua en los ritos primitivos. Las dos significan dimensiones de la vida humana que han encontrado expresión y función desde la primera aurora en que el ser humano hizo su aparición.

No siempre han hecho buenas migas y no siempre han ido cogidas de la mano. Las tensiones entre ellas han sido frecuentes, las discrepancias continuas y las descalificaciones numerosas. Tanto, como los intentos de una y otra por subordinar y someter a la otra. Todavía hoy mucha gente no ve con claridad la diferencia y los límites de separación entre ambas, porque hay veces en que las religiones quieren organizar la convivencia a su manera y son un desastre. En ocasiones son los políticos quienes quieren acotar el ámbito religioso y provocan reacciones airadas de quienes se sienten sometidos y recortados en sus libertades. Parecen, pues, dos parcelas muy celosas que no quieren intromisiones de extraños pero vigilan los pasos que ambos dan.

La Iglesia, que lleva dos mil años de relación con todo tipo de políticas, nos ha condensado su reflexión en una serie de documentos muy importantes que, juntos, forman la Doctrina Social de la Iglesia y nos va indicando la idea que puede aclararnos cómo pensar y actuar en todos los temas de tipo social desde unos criterios fundamentales que orientan y no impiden la libertad de cada uno para decidir qué política quiere asumir.

Poner a todo ser humano, sea de la forma, raza o edad que sea, por encima de cualquier cosa. Somos lo más valioso que existe en el mundo, y la política debe organizarlo todo para que sirva a las personas en su construcción como proyecto humano y personal. Nuestra dignidad está por encima de todo. A la vez, somos muy humanos, frágiles, débiles, necesitados de mucha ayuda y siempre de los demás. Por eso la solidaridad es un valor positivo a construir, porque el mal y la destrucción también es solidaria, arrastra a todos. Nos ayudamos o nos destruimos.

Cuando hay incompatibilidad entre mi interés personal y el bien de los demás, debo sacrificar mi interés, mi propiedad, mi bien, al de los otros. Es la actitud de servicio la que debe prevalecer sobre los negocios, sin olvidar que los pobres son una obsesión a quienes debemos recordar siempre para mejorar su condición.